CAPITULO XXI.

Los prisioneros en libertad.—Garibaldi recibe auxilios.—Nuevas conquistas en Sicilia.—Se proclama la independencia en toda la isla.

Cuando se hubieron retirado las tropas napolitanas y los mercenarios, todos los prisioneros que habian hecho fueron puestos en libertad, como era de esperar, y es de advertir que entre ellos se contaban miembros de las primeras familias del pais, y hasta príncipes. Por lo que hace á los hombres que no tenian cierta importancia, las autoridades habian juzgado mas espeditivo condenarlos á muerte para no gastar en su manutencion.

El dia que se puso en libertad á los prisioneros, fué de verdadero regocijo para Palermo. Conducidos en cinco coches con sus respectivas familias, y una numerosa escolta, recorrieron en procesion toda la ciudad, cuyos balcones aparecieron adornados con colgaduras con la bandera tricolor; la legion de Garibaldi y los voluntarios de Sicilia, formaron en toda la carrera, y en las calles resonaban á cada momento las aclamaciones del pueblo. Garibaldi estaba conmovido al ver tanta alegría, al contemplar á un pueblo que aspiraba con delicia aquella atmósfera de libertad.

Siendo Mesina el cuartel general de los Borbones, y Palermo el de los Libertadores, deducíase naturalmente que uno de estos puntos deberia convertirse mas pronto ó mas tarde en el centro general de operaciones de uno de los dos bandos, y la actividad de Garibaldi resolvió bien pronto la cuestion. Habiendo dado órden á una parte de sus tropas para que adelantára á cierta distancia, adoptó las medidas convenientes para ponerse en comunicacion con el pueblo de Mesina, que estaba en su favor, y á poco recibió del jefe de uno de sus puestos avanzados, un despacho concebido en estos términos:

«Con fecha 12 de Junio nos escriben de Mesina lo siguiente:—Han llegado á esta ciudad las guarniciones reales de Trapani, Termini, Agosta, Girgenti, Catania y una parte de la de Palermo, juntamente con una multitud de *esbirros*, ó agentes de policía, y varios empleados civiles, de modo que tenemos aquí ahora unos 15.000 hombres entre soldados y funcionarios públicos.

«Acto continuo redacté la siguiente proclama, dando órden de repartirla inmediatamente entre las tropas reales en nombre del pueblo de Mesina:

«¡Napolitanos! sois hijos de Italia, de ese país que se estiende desde el Monte Cenis hasta las aguas de Sicilia, enrojecidas ahora con la sangre de tantas víctimas de la libertad!

«¡Levantaos, pues, en nombre de Italia, en nombre de vuestra independencia!

«Los bravos de Varese y de Como están con vosotros y en vuestro favor, y sin embargo, luchais contra ellos! Dios dijo á Cain: *¿Qué has hecho de tu hermano? Ahora serás maldito en toda la tierra!*

«Italia os dice: ¿Qué habeis hecho de vuestros hermanos? La maldicion caerá sobre vosotros!

«Cada gota de sangre vertida en Sicilia, enrojecerá vuestras cabezas y las de los hijos de vuestros hijos!

«¡Napolitanos! Italia os perdona, pero levantaos como el fuego de vuestros volcanes contra aquellos que tiranizan á vuestro pais.»

Numerosos agentes se encargaron de circular esta proclama así en Mesina como en Calabria.

Entretanto, el Gobierno del Dictador se vió muy atareado para

perseguir á los bandidos, que robaban y asesinaban á personas inocentes bajo el pretesto de que eran Borbones, incendiando tambien las propiedades en nombre de la libertad. El autor de *Los Garibaldinos en Sicilia*, que precisamente se hallaba por entonces en Villafrati con el coronel Turr, el cual estaba enfermo, refiere una curiosa anécdota que viene á confirmar el hecho. Héla aquí:

«Cierto dia que hablaba yo con el coronel, sentado á la cabecera de su cama, oí el galope de varios caballos, é impulsado por la curiosidad, me asomé á la ventana.

«Entonces divisé una partida de siete ginetes armados de carabinas y pistolas, con la particularidad de que los dos últimos montaban el mismo caballo. A la cabeza de la tropa iba un hombre que parecia ser el gefe; cubria su cabeza un *kepis* napolitano con cuatro galones, que indicaban el grado de capitan, y de su costado pendia un sable de dragon con una bellota de plata en la empuñadura. En todo esto no habia ciertamente nada de particular, pero sí me llamó mucho la atencion ver que en la silla del caballo asomaban la cabeza media docena de pollos, y volviendome hácia Turr, le dije:

—«A fe mia que no se morirán de hambre esos hombres.

El coronel hizo un esfuerzo para incorporarse, dirigió una rápida mirada á los ginetes, y se dejó caer sobre el lecho sin pronunciar una palabra.

—«¿Quiénes son esos hombres? pregunté yo.

—«Probablemente, de alguna guerrilla de La Masa repuso el coronel.

Y despues de un momento, añadió:

—«Hacedme el favor de mirar que camino siguen.

Habiendo observado atentamente por espacio de algunos minutos, ví que los ginetes se dirigian hácia el camino de Palermo, y se lo manifesté así al coronel.

En aquel instante, acertó á entrar en la habitacion el Mayor Spangaro, y al verle Turr, le dijo:

—«Amigo mio, hacedme el favor de ver quienes son esos hombres que acaban de pasar por aquí.

—«Ya están algo lejos, observé, yo; ahora veo que se dirigen por e otro lado del pueblo.

—«Coronel, esclamó un oficial que estaba sentado junto á la cama, ¿quereis que tome un caballo y os traiga al que parece el gefe?

—«Mejor será, Carbone, que tomeis cuatro hombres y los conduzcais aquí á todos.

—«¡Oh! no es necesario, repuso el oficial, ¿para qué molestar á cuatro hombres? Ya iré yo solo.

Y saliendo de la habitacion, montó en un caballo sin silla, y partió á escape en seguimiento de los desconocidos.

Turr continuó hablando con el Mayor y yo permanecí en la ventana, siguiendo con la vista los movimientos del jóven oficial. En menos de diez minutos alcanzó á la tropa, pues aunque el capitan habia vuelto varias veces la cabeza, como no vió sino á un hombre, no hizo aprecio, y desde mi ventana, podia yo distinguir muy bien á los actores de aquella escena.

—«Y bien, esclamó de pronto Turr, ¿los veis?

—Perfectamente.

—«¿Qué están haciendo?

—«Por ahora nada; parece que hablan amistosamente, pero..... aguardaos... ¿Qué veo? El capitan desmonta y prepara su carabina, pero Carbone le apunta con su revolver á boca de jarro...

—«¡Pronto! esclamó Turr, que vayan cuatro hombres en auxilio de Carbone.

—Es inútil; el gefe de la tropa ha vuelto á montar y viene hácia aquí, seguido de sus siete hombres, obedeciendo sin duda á la órden de Carbone, que revolver en mano, escolta á sus prisioneros.

«Cinco minutos despues aparecieron los ginetes por el estremo de la calle, y á poco, hallábanse ya á la puerta del edificio.

—«Ordenad á Carbone que suba solo, me dijo Turr, pero antes, convendrá que algunos de nuestros hombres vigilen á los prisioneros.

«En su consecuencia, indiqué á Carbone que subiera pero no hubo necesidad de decir nada á los garibaldinos, pues ya habian rodeado á los ginetes formando una barrera viviente.

—«¡Bueno! dijo Turr á Carbone al verle entrar, ¿parece que han hecho resistencia?

—«Si, coronel, pero como veis, todo ha concluido mejor de lo que yo esperaba.

—«Bien, decidme ahora lo que ha sucedido, y no omitais ningun detalle; antes de ver al jefe necesito saber qué clase de hombre es.

—«Coronel, los alcancé á unos quinientos pasos de aquí, y conociendo que me habia encargado de una mision mas difícil de lo que crei, dirigíme al jefe con la mayor cortesía.

—«Muy bien hecho, repuso Turr riéndose, sed siempre cortés, amigo Carbone; pero, ¿qué es lo que hablasteis con tanta cortesía?

—«Acerquéme al jefe y le dije: «El general me envía para preguntaros donde vais.—Voy á Palermo.—Me alegro mucho, pues el jefe necesita que se lleven á esa ciudad varios despachos y cierta suma, y desea que os encargueis de ello.—¿Yo?—Sí, y por lo tanto, haced el favor de seguirme á su alojamiento á fin de recibir las órdenes.—Lo siento mucho, repuso el capitan, pero no tengo tiempo.—¡Oh! en ese caso, repliqué yo, varia la cuestion, y en vez de pediros un favor, os trasmito una órden.—¿Por qué autoridad?—Por la del general, que es jefe vuestro; si sois un oficial, como lo denota vuestro *kepis* y el sable, es preciso obedecer, pero si no lo sois, debo arrestaros por vestir un uniforme que no teneis derecho á poneros. Entonces, añadió Carbone, el capitan hizo un movimiento rápido para desmontar y preparar su carabina, pero yo saqué inmediatamente mi revolver, y apuntándole al pecho, le dije:—Sois hombre muerto si no me seguís. El capitan creyó prudente obedecerme y ya le tenemos en nuestro poder.

—«Perfectamente, repuso Turr; ahora, decidle que suba.

«Yo iba á salir de la habitacion, pero Turr me dijo:

—«No os vayais; ese hombre será probablemente una especie de bandido, y por lo tanto, no importa que presencieis la entrevista, tanto mas cuanto que teneis derecho á estar aquí, puesto que por vos se ha hecho el arresto.

«Era inútil insistir, y en su consecuencia, permanecí en mi puesto: poco despues, abrióse la puerta, y un hombre de unos veinte y cinco á veinte y ocho años, de agradable presencia, mas bien alto que bajo, penetró en la habitacion con cierta desenvoltura, mas

al ver á Turr recostado en su lecho, detúvose de pronto y palideció.

«Turr fijó tambien su tranquila mirada en el recien venido, pero sin que se notára en él señal alguna de asombro, y pasado un momento, esclamó:

—«¡Ola! ¿sois vos?

—«Dispensadme, coronel, replicó el prisionero; yo no os conozco.

—«Pues yo os conozco muy bien, repuso Turr; vamos á ver, dad algunos pasos sin cogear.

—«No puedo, coronel, estoy herido en la pierna.

—«Si, por una bala que os tocó por encima de la rodilla, pero no os hirieron de cara al enemigo.

—«Coronel, creed que.....

—«Si, repito que os hirieron cuando fuisteis á robar los fondos que habia en Santa Margarita; si, os conozco muy bien; sois Santo Melí, y cuando estabais en mi poder, en Rena, habriais sido fusilado inmediatamente á no ser porque tuvimos que marchar á toda prisa á Parco. Yo os entregué á Santana, el cual no os guardó bien, pero ahora, yo me encargaré de custodiaros y no os escapareis.

«Al pronunciar estas palabras, volvióse Turr hácia el Mayor Spangaro y le dijo:

—«Mayor, mañana reunireis un consejo de guerra del que os nombro Presidente, á fin de juzgár á este hombre; por ahora, desarmadle y al calabozo.

«Algunos minutos despues quedaba cumplida la órden.

—«Parece que sois muy espeditivo, dije yo entonces á Turr.

—«Tratándose de ladrones, asesinos é incendiarios, es forzoso obrar así en estos tiempos.

—«Pero, ¿creeis que ese hombre sea un criminal de tal especie?

—«Si; despues de robar en Santa Margarita, asesinó á un platero en Carleone, y luego incendió el pueblo de Calaminia, pero será juzgado, y ya vereis como sale todo á relucir. No se le fusilará sin motivo, estad persuadido de ello.

—«¿Y creeis que se le impondrá la última pena?

—«Estoy seguro; precisamente hablábamos de esto hace poco; si no se hace justicia con toda severidad, dirán los reaccionarios que